DEL AUTOR DE *ALZA TUS OJOS*

VIDA POR CONTAGIO

Reflexiones sobre el misterio de la transformación

CHRISTOPHER SHAW

VIDA POR CONTAGIO

VIDA POR CONTAGIO

Reflexiones sobre el misterio de la transformación

CHRISTOPHER SHAW



Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visita Tyndale en Internet: TyndaleEspañol.com y BibliaNTV.com.

Tyndale Español, *Tyndale* y el logotipo de la pluma son marcas registradas y/o marcas de uso común de Tyndale House Ministries en EE. UU. y en otras jurisdicciones en todo el mundo. Todos los derechos reservados. Ver Tyndale.com para una lista completa de marcas que son propiedad de Tyndale House Ministries.

Vida por contagio: Reflexiones sobre el misterio de la transformación

© 2026 por Christopher Shaw. Todos los derechos reservados.

Fotografía de las chispas en la portada © studybos/Adobe Stock. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2025 por Melanie Ann Shaw. Todos los derechos reservados.

Diseño: Melanie Ann Shaw

Edición: Sam Kopterski

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con BEM han sido tomadas de la Biblia *El Mensaje* © 2024 Editora Vida Ltda. Usada con permiso de Editora Vida Ltda. São Paulo, Brazil. La Biblia *El Mensaje* es una traducción al español de *The Message* por Eugene H. Peterson © 1993, 2002, 2018 por Eugene H. Peterson. Licenciada con permiso de NavPress, representada por Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América.

Las citas bíblicas indicadas con JBS han sido tomadas de la Biblia del Jubileo (JBS) © 2000, 2001, 2010, 2014, 2017, 2020. Editada por Russell M. Stendal. Publicada por Ransom Press International. Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con NBLA han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas™ NBLA™ © 2005 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Las citas bíblicas indicadas con RVR95 han sido tomadas de la Reina-Valera 95® © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995. Usada con permiso.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacta a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 979-8-4005-1324-4

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

32 31 30 29 28 27 26
7 6 5 4 3 2 1

Contenido

PRIMERA PARTE **Cristo entre nosotros** *1*

PRÓLOGO *3*

CAPÍTULO 1 Extraña obsesión *7*
CAPÍTULO 2 Asombrosa experiencia *21*
CAPÍTULO 3 ¡Adiós al velo! *39*
CAPÍTULO 4 Una osada propuesta *59*
CAPÍTULO 5 Dos hermanas, una historia *77*
CAPÍTULO 6 El que tiene oídos para oír *93*
CAPÍTULO 7 Por el camino de la influencia *109*
CAPÍTULO 8 No todo es color de rosa *131*
CAPÍTULO 9 Punto de inflexión *149*

SEGUNDA PARTE **Cristo a la diestra** *167*

PRÓLOGO *169*

CAPÍTULO 10 Llega un amigo *173*
CAPÍTULO 11 Antídoto para la soledad *191*
CAPÍTULO 12 No volverá vacía *211*
CAPÍTULO 13 Así también los envío *229*
EPÍLOGO Un corazón y un espíritu nuevo *247*

Reconocimientos *265*
APÉNDICE 1 El valor de ser curioso *267*
APÉNDICE 2 El arte de la pregunta:
¡La clave para fomentar el diálogo! *281*
Libros recomendados *291*
Acerca del autor *293*

PRIMERA PARTE

CRISTO ENTRE NOSOTROS

PRÓLOGO

¿Cuáles son los procesos por los cuales una persona, limitada por su propia fragilidad y pequeñez, se convierte en una apasionada e intrépida seguidora de Cristo? ¿Qué debe suceder en nuestras vidas para que pasemos de ser *creyentes* a ser *discípulos*? Estas son las preguntas que impulsarán la exploración que te propongo en este libro.

El apóstol Juan identifica el rumbo por el que debemos transitar para acercarnos a algunas conclusiones: «De su abundancia, todos hemos recibido una bendición inmerecida tras otra —declara—. Pues la ley fue dada por medio de Moisés, pero el amor inagotable de Dios y su fidelidad vinieron *por medio de Jesucristo*. Nadie ha visto jamás a Dios; pero el Único, que es Dios, está íntimamente ligado al Padre. Él nos ha revelado a Dios» (Juan 1:16-18, énfasis añadido). Para conocer al Padre, debemos, queda claro, acercarnos a Jesús.

No será, sin embargo, nuestra astucia la que nos permitirá descifrar algunos de los misterios de la transformación de creyentes a discípulos. Necesitamos ese mismo milagro que le permite a Pedro confesar que se encuentra ante el Mesías, el Hijo del Dios viviente. «Esa respuesta no la has sacado de los libros ni de los maestros —le aclara Jesús—. Mi Padre que está en el cielo, Dios mismo, te hizo partícipe de este secreto sobre quién soy en verdad» (Mateo 16:17-18, BEM).

En esta primera parte del libro, nos acercaremos, entonces, a la persona de Jesús para examinar, con cuidado, las dinámicas de la relación que cultiva con los Doce. Intentaremos, a lo largo del camino, identificar las muchas conjeturas y suposiciones que, con el paso de los siglos, han pasado a ser parte de nuestra cultura evangélica sin necesariamente tener mucha conexión con las enseñanzas de la Palabra. Nuestra ambición será recuperar una visión fresca e inspiradora del verdadero desafío que nos propone Jesús: cultivar con él una relación profunda e íntima.

Para emprender juntos este viaje, sin embargo, también será necesaria una advertencia. Si lo que buscas es «el secreto» de una vida victoriosa o una «fórmula» para resolver los desafíos de tu relación con el Señor, este libro te decepcionará. La propuesta que te presenta es otra: describir cómo es la vida en el reino del cielo, ese espacio donde vive la comunidad de los que caminan con Jesús.

De esta manera, entonces, este libro intenta conducirnos por el camino que propone el apóstol Pablo: «Dejen que Dios los transforme en personas nuevas al cambiarles la manera de pensar» (Romanos 12:2). Esta es la clave de un genuino proceso de transformación. Debemos comenzar a pensar de otra manera porque ya no somos ciudadanos de este mundo.

Nosotros, al igual que el apóstol Pablo, hemos padecido la frustración que resulta de no poder convertir nuestras buenas intenciones en otra forma de vivir: «Mis decisiones, por muy buenas que sean, no se traducen en acciones. Algo falla en lo más profundo de mí y siempre me derrota» (Romanos 7:17-20, BEM). Al igual que Pablo, podemos afirmar: «Lo he intentado todo y nada ayuda. No puedo más», y nos unimos a su pregunta: «¿Hay alguien que pueda hacer algo por mí? ¿No es esa la verdadera pregunta?» (7:24, BEM). En este libro, nos aferramos, de todo corazón, a la misma inamovible conclusión a la que él arribó: «La respuesta, gracias a Dios, es que Jesucristo puede hacerlo y lo hace» (7:25, BEM).

A medida que caminemos con Jesús, entonces, aprenderemos a pensar de la misma manera que piensan los que son parte del reino. Ese cambio de perspectiva es el que permitirá que Dios nos transforme en personas enteramente diferentes a las que hemos sido.

¡Caminemos juntos con el Hijo de Dios!

CAPÍTULO 1

EXTRAÑA OBSESIÓN

Cuando Jesús aparece, a los treinta años, a las orillas del Jordán, participa de un ritual para marcar el inicio de su vida pública. Muchos en la multitud, impactados por el llamativo mensaje de Juan el Bautista, ya han escogido pasar por las aguas del bautismo. Ahora, Jesús se suma también a esa experiencia.

Juan ha estado esperando la llegada del Mesías y, por esto, cuando lo ve, no duda en señalarlo: «¡Miren! ¡El Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (Juan 1:29). A modo de explicación, les dice a los suyos: «Yo no sabía que era el Mesías, pero cuando Dios me envió a bautizar con agua, me dijo: "Aquel, sobre quien veas que el Espíritu desciende y reposa, es el que bautizará con el Espíritu Santo". Vi que eso sucedió con Jesús, por eso doy testimonio de que *él es el Elegido de Dios*» (Juan 1:33-34, énfasis añadido).

Esta firme convicción de estar frente al *Cristo*, sin embargo, se debilita notablemente cuando el rey Herodes arresta y echa a Juan a la cárcel. Estando allí, sus discípulos lo mantienen informado del

increíble crecimiento en el ministerio de Jesús, relatando las señales y los prodigios que hace. El entorno duro y hostil de la cárcel, sin embargo, erosiona la certeza que tuvo en el Jordán. Decide, por esto, llamar a dos de sus discípulos y enviarlos a Jesús en busca de una respuesta a la pregunta que lo atormenta: «¿Eres tú el Mesías a quien hemos esperado o debemos seguir buscando a otro?» (Lucas 7:20).

Cuando los discípulos encuentran a Jesús, comparten con él la inquietud de Juan. Bien podría aquí el Señor echar mano de una serie de textos de las Escrituras que confirmen su identidad, como lo hará cuando se una a los dos discípulos que van camino a Emaús[1]. Podría señalar la clara contradicción que existe entre la confesión pública de Juan y las dudas que ahora experimenta. Podría denunciar la llamativa ausencia de fe que parece revelar la pregunta misma. Con el fin de convencer a los discípulos de Juan de que es, en efecto, el Elegido de Dios, Jesús incluso podría enredarse en los argumentos que tanto les encantan a los fariseos.

El Señor, sin embargo, no opta por ninguna de estas alternativas.

Lucas señala que «en ese preciso momento Jesús [sana] a muchas personas de enfermedades, dolencias, y [expulsa] espíritus malignos y les [devuelve] la vista a muchos ciegos» (7:21). Es decir, elije dejar que sus obras hablen por sí mismas. Luego, les da claras instrucciones a los dos mensajeros: «Regresen a Juan y cuéntenle lo que han *visto y oído*: los ciegos ven, los cojos caminan bien, los que tienen lepra son curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les predica la Buena Noticia» (7:22, énfasis añadido).

Nuevas criaturas

El Señor indica, de esta manera, que la más clara evidencia de su autoridad se ve en la radical transformación que experimentan las

[1] Lucas 24:13-34.

personas a quienes ministra. Esta transformación, que no se puede alcanzar por ninguna intervención humana, ofrece un elocuente testimonio del poder y la autoridad del Cristo. Es, de hecho, el cumplimiento de la profecía de Isaías 61:

> El Espíritu del Señor Soberano está sobre mí,
> porque el Señor me ha ungido
> para llevar buenas noticias a los pobres.
> Me ha enviado para consolar a los de corazón quebrantado
> y a proclamar que los cautivos serán liberados
> y que los prisioneros serán puestos en libertad.
> Él me ha enviado para anunciar a los que se lamentan
> que ha llegado el tiempo del favor del Señor
> junto con el día de la ira de Dios contra sus enemigos.
> A todos los que se lamentan en Israel
> les dará una corona de belleza en lugar de cenizas,
> una gozosa bendición en lugar de luto,
> una festiva alabanza en lugar de desesperación.
> VERSÍCULOS 1-3

La señal distintiva del ministerio de Jesús, entonces, son las vidas transformadas. Y, en muchos casos, esta transformación se manifiesta de manera dramática y categórica.

Bartimeo, mendigo ciego, recobra la vista[2].

El geraseno, desnudo y atormentado, recupera la ropa y el sano juicio[3].

Zaqueo, avaro y mezquino, se vuelve inexplicablemente desprendido[4].

El paralítico, apático y resignado, toma su camilla y camina[5].

---

[2] Marcos 10:46-52.

[3] Marcos 5:1-20.

[4] Lucas 19:1-10.

[5] Marcos 2:1-12.

La prostituta, marginada y condenada, recobra la dignidad y el propósito[6].

La mujer con el flujo de sangre, cansada y desgastada, es sanada en un instante[7].

Este impresionante desfile de vidas transformadas es el que inspira al apóstol Pablo a compartir uno de los grandes enunciados de la fe: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, ahora han sido hechas nuevas» (2 Corintios 5:17, NBLA). Cada vez que alguien recupera una conexión con el Señor, la transformación es inevitable. La forma en la que ha vivido dejará de existir, de manera que ahora será, para muchos, irreconocible: el gruñón se vuelve alegre; el pesimista irradia esperanza; el quejoso vive agradecido; el egoísta pasa a ser considerado; el usurero es, ahora, desprendido; el legalista es compasivo; el peleador es manso; el criticón se va en halagos.

Cada vez que alguien recupera una conexión con el Señor, la transformación es inevitable.

El apóstol Pablo no solamente entiende que la transformación es una característica esencial de estar en Cristo, sino que nos anima a que trabajemos para facilitar este proceso:

> Puesto que, entonces, no tenemos el pretexto de la ignorancia, todo —y quiero decir todo— lo relacionado con esa vieja naturaleza tiene que desaparecer porque está podrida hasta la médula. Desháganse de ella y adopten una completamente nueva, a la manera de Dios, renovada desde el interior y que se manifieste en sus conductas a medida que él reproduzca con exactitud su carácter en ustedes.
>
> EFESIOS 4:20-24, BEM

[6] Lucas 7:36-50.

[7] Marcos 5:21-34.

¡Treinta y ocho años!

Ser testigos de este maravilloso desfile de vidas cambiadas nos deja con sensaciones encontradas. Por un lado, ¡nos inspira! Por otro, nos produce cierta frustración. La iglesia de la que somos parte rara vez nos ofrece este mismo dramático testimonio de vida. En muchas de nuestras congregaciones, la transformación es más una fantasía que una realidad. No es que dudemos que pueda suceder, pero pocas veces la vemos.

Frente a esta falta de ejemplos, la resignación gana terreno en nuestros corazones y comenzamos a aceptar como normal una realidad que es marcadamente diferente a las escenas de transformación que acompañan el ministerio de Jesús. Cuando nos detenemos un instante a pensar en ellas, nos sentimos obligados a considerar una incómoda pregunta: si Jesús, en las palabras del autor de Hebreos, «no cambia: ayer, hoy, mañana, siempre es el mismo» (13:7-8, BEM), ¿por qué son tan escasas en nuestras vidas las señales de verdadera transformación?

Una escena en el ministerio de Jesús puede orientarnos a la hora de encontrar una explicación. En una visita a Jerusalén, se acerca a un estanque llamado Betesda, donde se reúnen los afligidos de la ciudad. Todas las manifestaciones de dolor, de angustia y de sufrimiento se concentran en este lugar de horror donde, según el relato de Juan, «una multitud de enfermos —ciegos, cojos, paralíticos— [están] tendidos en los pórticos» (5:3). Esta muchedumbre espera, día tras día, semana tras semana, que las aguas del estanque se revuelvan. Unidos por esa extraña ingenuidad que acompaña a los desesperados, ellos creen, con inapelable certidumbre, que el primero que se meta al pozo será sanado.

En medio de esta multitud tocada por la tragedia se encuentra uno que padece una cruel invalidez. La esperanza de este hombre también está puesta en las aguas. Su condición es tan severa, sin embargo, que nunca logra moverse con suficiente prisa como

para ganarles a los que compiten con él por zambullirse en el estanque.

No sabemos cuánto tiempo lleva en el pozo, pero Juan señala que lleva 38 años enfermo. Se nos conmueve el corazón cuando consideramos que esto equivale a 456 meses en un interminable calvario: 13.870 días sin encontrar una salida para su dolencia. A pesar de una seguidilla de intentos fallidos, sigue ilusionado con un método que, hasta ahora, no le ha dado resultado alguno. ¡Cuánta insistencia para cosechar frutos tan miserablemente magros!

¡Qué pregunta!

Cuando Jesús lo ve, y descubre cuántos años lleva enfermo, siente profunda compasión por él, esa maravillosa cualidad que permite sentir como propio el dolor de otra persona. Se le acerca con una pregunta sencilla: «¿Te gustaría recuperar la salud?» (Juan 5:6).

No podemos disimular nuestra sorpresa, porque literalmente todos los enfermos en este lugar de sufrimiento comparten una característica en común: el profundo anhelo de experimentar un milagro de sanidad. A pesar de lo obvio de la respuesta, me atrevo a afirmar que Jesús intenta sacar a la luz algo que este hombre no ve. De seguro percibe la resignación que se instala en personas que llevan mucho tiempo padeciendo una dolencia, esa condición en la que aprendemos a convivir con nuestro mal y, en muchos casos, usarlo como excusa para justificar un sinfín de oportunidades desaprovechadas.

Así lo he observado durante más de cuarenta años de ministerio. He conocido a muchas personas que se han quedado congeladas en el tiempo, golpeadas por alguna experiencia traumática que sucedió en el pasado. Todas las conversaciones que entablo con ellas inevitablemente desembocan en volver a hablar de lo que les sucedió hace tantos años. Recuerdo, en especial, a un

hombre que vivió una durísima separación de su esposa. A pesar de que han transcurrido más de veinte años, intenta convencerme, cuando lo veo, de que aquella experiencia le «arruinó la vida». La seguidilla de fracasos laborales que ha experimentado se deben, en gran parte, a que intenta avanzar hacia el futuro... ¡mirando hacia atrás!

Extraña obsesión

La pregunta de Jesús, entonces, es más profunda de lo que percibimos. Le propone a este varón el desafío de hacerle frente a la vida sin la muleta de la enfermedad con la que, durante tantos años, ha convivido. Tendrá que aprender a vivir de nuevo, un reto que despierta siempre profundos temores porque implica abandonar lo familiar para salir en pos de lo nuevo. Nuestra humanidad, como afirma el popular refrán, siempre *se inclina más por lo malo conocido que por lo bueno por conocer*.

La respuesta del enfermo es la mejor ilustración de esa desconcertante locura que, tal como se ha observado, nos lleva a creer que haciendo lo mismo una y otra vez vamos a cosechar resultados diferentes. «Señor, no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando el agua es agitada; y mientras yo llego, otro baja antes que yo», le dice a Jesús (Juan 5:7, NBLA). Convencido de que su única opción es el estanque, no logra concebir que la sanidad pueda llegar por otro camino que no sea zambullirse en el agua.

Cuando contemplo a esta patética figura, no puedo dejar de pensar en esa multitud de personas que he conocido en una gran diversidad de congregaciones a lo largo y a lo ancho de nuestro continente. Llevan años de fiel asistencia a una interminable sucesión de reuniones, estudios, retiros y congresos. Al cabo de apenas diez años, habrán escuchado más de quinientos sermones y participado de decenas de cursos y seminarios. Sus vidas, sin embargo, muestran escasas señales de verdadera transformación. Muchas de

ellas siguen siendo las mismas personas que eran antes de conocer al Señor, atormentadas por los mismos malos hábitos de siempre. Resignadas, viven también con esta inexplicable fijación, creyendo contra toda esperanza que van a cosechar resultados diferentes haciendo lo mismo que hacen semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

Más y mejor

En medio de nuestra inalterable rutina religiosa, Jesús también se acerca a nosotros y nos susurra: «Yo vine para que puedan tener vida real y eterna, más y mejor vida de la que jamás soñaron» (Juan 10:6-10, BEM). Al igual que el enfermo en el estanque de Betesda, sin embargo, nuestra obsesión con la vida cristiana, según la hemos concebido, no nos permite creer que la plenitud pueda llegar por algún otro camino. Resignados, nos entregamos a esa interminable secuencia de encuentros que, en muchos casos, ha adormecido nuestras almas. ¿Será que nosotros también nos hemos quedado atrapados en esa locura de creer que haciendo siempre lo mismo cosecharemos resultados diferentes?

Me embarco en la tarea de escribir este libro aferrado a una inamovible convicción: una vida transformada sigue siendo tan posible hoy como lo es en el momento en que Jesús camina por Israel, afectando, de manera dramática, a las incontables personas a las que ministra. Me atrevo a seguir afirmando que esta clase de vida es una de las señales distintivas de un discípulo.

Para descifrar algo del misterio de la transformación, será necesario regresar a las escenas que describen los Evangelios. Solamente allí podremos recuperar una visión fresca y apasionante de lo que significa ser un seguidor de Jesús. Buscaremos la forma de unirnos al grupo de personas que lo acompañan por los campos, las aldeas y las ciudades de Israel. Intentaremos entender, al observar las dinámicas que se producen en los incontables intercambios que

comparten los Doce con Jesús, de qué manera podemos replicar esa vida en el complejo entorno en el que vivimos hoy.

Alcanzar esta meta exige que definitivamente le demos la espalda al pozo donde transcurre la rutina de la vida religiosa. La transformación no vendrá desde allí. ¡No insistamos más por ese camino! Claramente hemos perdido, en nuestro andar, los ingredientes indispensables para que Jesús produzca en nosotros esa revolución que nos permitirá crecer, con paso firme, hasta «la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efesios 4:13, NBLA).

> Una vida transformada sigue siendo tan posible hoy como lo es en el momento en que Jesús camina por Israel, afectando, de manera dramática, a las incontables personas a las que ministra.

El camino que vamos a recorrer requiere que nos aferremos, con convicción, a la declaración de uno de los primeros seguidores de Jesús: «Todo lo que implique una vida que agrade a Dios se nos dio de manera milagrosa *al conocer, de forma personal e íntima*, a aquel que nos invitó a acercarnos a él. ¡La mejor invitación que jamás hayamos recibido!» (2 Pedro 1:3-4, BEM, énfasis añadido). Sus palabras revelan la clave para echar mano de una vida de transformación: necesitamos cultivar, de manera personal e íntima, una relación con la persona que nos ha invitado a transitar por este camino, Jesús mismo.

¡A caminar!

El libro que tienes en tus manos te presenta algunas propuestas concretas. En cada capítulo, vamos a poner por obra la exhortación que nos deja el Señor por medio del profeta Jeremías:

> Deténganse donde se cruzan los caminos y miren a su alrededor.
> Pidan las direcciones para ir al camino antiguo,

El camino que demostró ser verdadero.
Luego síganlo.
Descubran cuál es la ruta correcta para el alma de ustedes.
JEREMÍAS 6:16-20, BEM

Necesitamos, con desesperación, volver a la fuente para que la verdad de Dios nos provea la orientación que necesitamos. Buscaremos recuperar los principios fundamentales sobre los que se edifica una relación con el Señor que transforma. A lo largo del camino, quedarán expuestos aquellos rituales que son más propios de la cultura evangélica que de una sana espiritualidad bíblica.

La figura central de nuestras reflexiones será la persona de Jesús y su relación con los Doce discípulos. Mi deseo es hacerte partícipe de la fascinación que he experimentado durante cuarenta años de estudiar los Evangelios. Quisiera que te unas al anhelo que tengo por entender los procesos y las dinámicas que sostienen la vida del Hijo de Dios. Mi esperanza es que la asombrosa y sorprendente figura de Cristo seduzca nuestros corazones y nos despierte a un romance que dure toda la vida.

La clave para echar mano de una vida de transformación es cultivar, de manera personal e íntima, una relación con la persona que nos ha invitado a transitar por este camino, Jesús mismo.

De esta exploración del texto se desprenderán, por el camino, sugerencias sobre la forma en la que podemos nosotros incorporar a nuestras vidas estos principios. De nada sirve la observación de la Palabra si no nos orienta hacia experiencias que transformen nuestra relación con el Señor.

Me gustaría definitivamente desterrar de nuestra mirada la idea de que, con estas sugerencias, vamos a describir un *método*. Hemos sufrido demasiado tiempo bajo el peso de la lista de cosas que «debería hacer un buen cristiano». Juntos queremos aferrarnos,

desde el inicio de este peregrinaje, a la convicción de que la propuesta de Jesús solamente se entiende en el marco de una relación. Las relaciones interpersonales no se cultivan con métodos, sino con actitudes que reflejan el compromiso de amor que las sustenta.

De nada sirve la observación de la Palabra si no nos orienta hacia experiencias que transformen nuestra relación con el Señor.

Mientras avanzamos en nuestra exploración, compartiré contigo algunas anécdotas, las cuales encontrarás en la sección «Escenas de contagio». Allí intentaré mostrarte, con ejemplos prácticos, la manera en la que nuestras vidas pueden ser impactadas por este proceso de contagio.

Por este camino, descubriremos que ciertas prácticas contribuyen poco al objetivo de vivir a Cristo cada día. Si logramos, a lo largo del camino, recuperar una experiencia de genuina intimidad con el Señor, habremos dado un importantísimo paso hacia la transformación. De hecho, la evidencia de cambios trascendentales de carácter será uno de los elementos que servirán para confirmar que avanzamos en la dirección correcta.

En cada capítulo, te encontrarás también con al menos una invitación a detenerte. Siempre resulta provechoso que le ofrezcamos al corazón la oportunidad de alcanzar a la mente, la cual invariablemente corre más rápido que el espíritu.

En este espacio que llamo *momento de quietud*, te ofreceré la oportunidad de realizar algunos ejercicios. Si te pareces a mí, te sentirás tentado a saltarte esta parte para seguir con la lectura del libro. Quisiera, sin embargo, animarte a que te resistas a esa inclinación. Estos ejercicios nos ofrecen la oportunidad de establecer momentos en los que el Señor, de la mano del Espíritu, puede hablarnos específicamente sobre desafíos particulares a nuestras vidas. Los momentos más preciosos en nuestro peregrinaje llegan, por lo general, cuando nos detenemos, por un instante, con el oído atento para escuchar al Señor.

La propuesta de Jesús solamente se entiende en el marco de una relación.

Momento de quietud

Te extiendo aquí, entonces, la primera de estas invitaciones. Es un buen momento para reflexionar sobre algunas preguntas. No te apures al elaborar tus respuestas. Más bien, aquieta tu corazón y deja espacio para que el Espíritu pueda guiar tu reflexión. Él ve aspectos de tu vida que no podrás descubrir sin su asistencia. Solamente de su mano lograrás la más productiva meditación. Las preguntas se aprovechan mejor cuando las usamos para entablar una conversación relajada y honesta con el Señor. ¡No lo dejes fuera de tus reflexiones!

Quisiera, además, animarte a que no limites tus respuestas a tu cabeza. La disciplina de escribir siempre nos ayuda a ordenar y fijar las ideas con las que trabajamos. Yo he usado, durante años, mi computadora para acompañar mis reflexiones en la Palabra cada mañana. Puedes usar tu celular, tu tableta o un anotador, o puedes aprovechar el espacio que he dejado en este mismo libro.

1. ¿Qué alegrías identificarías como parte de tu experiencia con Jesús?

2. ¿Cuáles han sido tus mayores frustraciones a la hora de cultivar una relación de intimidad con Jesús?

3. ¿En qué áreas de tu vida sientes que has experimentado poca transformación?

4. Si pudieras describir la vida de una persona apasionada por la persona de Jesús, ¿qué características tendría?

5. Si Jesús estuviera sentado frente a ti, ¿qué le dirías? ¿Qué necesidad compartirías con él?

6. ¿Cómo te imaginas que Jesús respondería a lo que compartes con él?

7. ¿De qué manera quisieras que Jesús use este libro para ayudarte a cultivar una relación más profunda con él?